

Notas sobre *El viaje del provinciano* de Laura Estrín

 Emiliano Scariaciotoli

(Buenos Aires, Editorial Leviatán, 2018)

...Porque muestre un cartel
Que hay patria más allá...
"Pal' Recuerdo", *Almafuerte, Trillando la fina* (2012)

Hablar sobre *El Viaje del Provinciano* es hablar sobre una vida, una vida de escritura, una vida de escritura en obra, una vida de escritura en obra viva: contradictoria, iracunda, molesta, trágica, pero nunca tibia. La tibieza de la crítica es quizás hoy un patrón de regulación (esa comunidad imaginaria de amigos que se presentan libros, artefactos, unos a otros, por el simple hecho de hacerse ver). Este espacio (la escritura) está muy muerto, demasiado muerto. La crítica es, y mis pretensiones siempre son altas (solo para joder y para seguir: porque hay que seguir), un refugio interesante para fracturar ese silencio sepulcral que desde la universidad impacta, viene impactando, en estos últimos ¿10, 20, 30? años. Hablar, por lo tanto, de una micropoética, o de una obra de vida es celebrar un nacimiento entre tanta beca, entre tanto *paper*, entre tanta fraternidad incómoda y forzada de lectores inofensivos. Leer a Laura siempre fue pararse sobre el filo de un cuchillo (que en los versos de Castilla queda mucho mejor: vivir, entiéndase, escribir, es peligroso todavía para algunos/as de nosotros/as).

Hace poco leía a Terry Eagleton, su *Cultura*, reciente publicación que celebra los estudios literarios como la desmuseificación de la literatura a partir de otras artes. Una ofensa a la autonomía literaria o una caracterización que vendría compartiendo: "Una vez que los especialistas de literatura se aventuraron en el estudio del cine, los medios de comunicación y la ficción popular, estaba claro que podían reclamar una posición bien visible". Es decir, para Eagleton, la corrida cambiaría del campo literario produjo un estatus lúcido y esperanzador para la literatura: que la literatura sobreviva parasitariamente en otros cuerpos. Aún compartiendo esta caracterización, celebrar la visibilidad nunca implicará celebrar la literatura. Y menos aun una literatura que vive y no precisamente del Estado (con mayúscula) o de un estado (inmóvil, de, insisto, demasiado fraternidad; empalagosa; el club de amistades que la institución celebra, ahora,

en sus concursos, en sus programas, en sus superestructuras, en sus agendas).

Leer a Laura es caminar por el filo de una autobiografía, pero no como género, como caja de herramientas. La *Estrin provinciana* que todavía habita en los versos de su obra (de su Entre Ríos tajeante, hiriente en *Álbum*, allá por 2001 –cuando yo conocí su escritura– a las marcas en el cuerpo que pelea por la vida en *Ataditos*, este año, hace muy poco), en los versos de su crítica (poetizar y ficcionalizar la crítica es ya una operación vieja que a algunos profesores universitarios le da urticaria, es cierto) y en sus interrupciones. En Laura, y *El viaje del Provinciano* es la metonimia de este movimiento, siempre algo se está por romper. Presentar este libro acá, en este claustro, es volver a esos hermosos momentos de fracturas: todos los grupos están podridos. Con Laura formamos parte de uno, lo recuerdo muy bien, y habitamos este espacio; pero no nos espantamos de la infección. Cuando se vivió por y para la escritura, las heridas, los golpes, los portazos fueron bálsamos entre tanta sequía de la imaginación. Como decía Viñas: aun me siento entre funcionarios y ex funcionarios, y por eso escribir irrita.

El viaje comienza con inscripciones, con carteles, con advertencias: no de un dandy interviniendo mataderos, sino de la muerte que interviene la propia vida del matadero. Hay un territorio textual que siempre extraña, distancia e incomoda al lector: anecdóticos (o bestiaros de chismografía), cartas, versos de por allí, mosaicos de voces, una biblioteca gigante, sus anillos, sus rusos, sus epígrafes eternos, notas al pie para otros libros¹, amigos que hablan desde el exterior² y afirmaciones: en la crítica de hoy hacen falta más afirmaciones que preguntas de salón.

1 De Germán García: "Por ejemplo, el primer trabajo extenso que escribí, de psicoanálisis, que fue para un congreso que hicimos en medicina debe tener 62 referencias en 20 páginas"

2 Recuerdo voces de Hugo Savino, voces como puñales, y un amor en la provincia madrileña que solo se hace visible por la vena de la guerra que explota en la escritura. Así recuerdo o pienso a Hugo Savino cuando Laura lo escribe: espectral, su voz en el teléfono.

Se nace de un paisaje y no de un país, acelera Laura este viaje, citando a Gombrowicz o a Luca Prodan, da lo mismo. Leí esta cita de Laura, que no es otra cosa más que una re-escritura (una operación de interrupción y expropiación de la voz: algo que aprendimos, evidentemente, con Nicolás Rosa y que hoy no está muy bien visto: y por eso nos gusta, y lo seguimos haciendo), de un artículo que se llamaba así (“El viaje del provinciano”, lo que hoy es libro) en *Las políticas de los caminos* (un libro que entre tanta muerte –y la de Nicolás significó un volumen de muerte– levantó la escritura, la vida perra). Ya en *Álbum*, Laura anticipaba un movimiento de constelaciones de lecturas provincianas o de provincianos que se leen (dentro o fuera del territorio): “Hice una red”. Una red de lecturas topográficas, de lecturas espeleológicas, de búsquedas profundas por heridas, no por canales turísticos. Nota al pie n° 4 de este viaje, dice Levi Strauss: un viaje se inscribe no solo en el tiempo y en el espacio, sino también en la jerarquía social. La miseria habla, tiene voz, no es ajena a la constelación de lecturas: “Ser de un lugar es tener allí un muerto propio”.

Los constructos, parejitas, tríos y poses eróticas que Laura selecciona para pensar la escritura del interior, presentan, inevitablemente una vieja problemática que aún hoy –en épocas del hiperrealismo berreta de subtes, trenes, villas y cárceles que nunca se pisaron o cuya referencia no dice nada de esos subtes, de esos trenes, de esas villas y de esas cárceles sino puro spleen– decía, esas escrituras que Laura selecciona (de la gauchesca apátrida de Gerchunoff, al hombre suburbano de Mastronardi; o del canto rabioso de Leguizamón a un realismo de lo poco, de lo pobre en Néstor Groppa) están atravesadas por la pregunta: ¿Cuál es la poética de la provincia? ¿Cuál es la voz de la provincia? ¿A qué suenan esa *palabras de zona/palabras de época* que construye críticamente Laura en sus lecturas? Desde ya que esta preocupación atañe a otra, también arcaica y que nos enloquece: ¿Qué realismo habla la lengua provinciana? ¿La o las lenguas provincianas? Laura apuesta a una resemantización constante: un realismo de lo feo, ¿que quedó allá en la provincia? ¿Que solo puede leerse en un provinciano? Todo lo responde en una nota al pie (recurso que le encanta y que nos desespera): “A lo largo de este libro utilizo diversa y libremente el término realismo sin ajustarlo a ninguna tradición teórica alguna o más bien siguiendo su fracaso en ellas”. La interrupción permanente de todo tipo de identificación construye islas, un archipiélago de paradas, de estaciones. Pero no de tren: es un viaje a pie, caminante, penitente. Esa “poética provinciana regionalista” que machacaba Correas para pulverizarla; ese realismo provinciano de transposición

no-mágica de Onetti, de formas sin géneros definidos; ese realismo que ayuda a vivir, que es realista solo por eso y punto.

Será por eso que poco se sepa y se lea y se hable de Zelarrayán o de Damián Ríos en la institución “literatura”, y acá un problema vecino: ¿qué leer sin el canon? Laura propone una viaje al interior de la escritura que desatiende lo literario institucional. Nada mejor que la propia vida: una definición anti-institucional o anti-estatal de la literatura y de la escritura. Cuando Laura escucha a Steimberg (lo lee pero lo escucha): “Hortiguera al 200...”, nuevamente una nota al pie advierte: “Sobresalta esta dirección tan cercana a nuestra facultad actual, lo cercano real sobresalta”. Y sin embargo, en Laura todo realismo es de lo cercano, sus amigos lo sabemos: +/- cercano. Una cercanía que a veces duele: ¿Es paisaje o son escenas de trabajo las que le dan identidad a los sonidos de la provincia? El que trabaja la tierra no tiene tiempo para pensar, pero sí para pensarla. La piensa Kike Ferrari limpiando la mugre en la línea B todas las noches; o Mario Castells en cada vuelta del molde barrero, construyendo esas casonas con su esfuerzo. Será por eso que mis escrituras +/- cercanas (robándole la operación a Laura) la hacen trabajadores y no aburridos transeúntes de estos y tantos otros pasillos.

El viaje empieza con una trinidad no menos cercana a Sade, Fourier, Loyola: + cercano será, Leguizamón, Gerchunoff y Mastronardi. Se cansará en Zelarrayán: la provincia es la obsesión por el espacio o, como dice Larralde, “Qué cruz la que lleva el viento (...) tanto espacio para uno solo”. Zelarrayán abre, quizás, la serie de la lengua al borde del canto, de los sonidos de provincia: el canturreo, el tarareo, el grito del Cuchi en una anécdota escalofriante de Liliana Herrero. El grito y la repetición en los acordes cercanos de la poesía salteña de Castilla; la balada, la música jujeña en Carlos Hugo Aparicio (una escritura, por cierto, nada regional; jujeña, sí; de norteña solo quedarán las llamas en los buzos de los estudiantes hippies que en su itinerario de viaje dirán “El Norte”, en una frontera desdibujada para subir fotos a una red social). Capital e interior, en esos sonidos intestinales (porque el interior es barro, y tal vez), también se tensionarán en Néstor Groppa, el forastero de las naciones y de las provincias; se tensionarán en *Los Sospechados* de Milita, en las lecturas de Nicolás sobre Milita. En la página 71 de *Tapa de Sol* (2013), Laura evoca la vereda al sol de Groppa, y el vacío de una lluvia entera, inesperada y anunciada a la vez, que puede ser de cualquier parte. ¿Dónde queda el interior cuando la ciudad lo ha devorado todo? Porque el Coronado de Correas no es el Colastiné de ya

saben quién. El hambre no es solo un motivo para leer la guerras ajenas, el hambre es un motivo para hacer de la escritura un rebenque, una gomera, un arma de guerra artesanal que proyecta su misil contra el vallado, contra el olvido. Sí Laura, la gente muere en los cuentos de Aparicio. Dice Correas en *Un encuentro en San Roque*: hay lugares inútiles donde los saberes letrados se hacen más estúpidos y por eso más lúcidos. ¿Qué sabe el interior, a qué sabe? Libertella hablaba de cocción, de la gastronomía, de los platos que occidente no puede leer en Latinoamérica (de Arenas, de Puig, de Perlongher; pero también de Hernández, de Mansilla, de Ascasubi); Laura habla de los sabores que queman, que pican, que causan electricidad, por ejemplo, la Rusia valvular (una Rusia negra, un Hendrix rojo exiliado y asesinado con un picahielos), sí, la Rusia valvular de Steimberg y su cuerpo en tracción eléctrica con lo real (cada vez que lee *Cuerpo sin armazón*). Steimberg también provoca, como sucederá con Damián Ríos, un “nosotros”. Hay un “nosotros”, una vida compartida, que de tan cercana se vuelve demandante, obsesiva y estas no son anécdotas, guarda: son dolores, gritos, llantos compartidos que viven en cada verso, porque para mí Laura sigue escribiendo en verso.

La provincia del viaje es la provincia extranjera, la que cierra los caminos, la sinuosa, aquella que ya no puede transitarse sino con una nueva lengua: me refiero a la

provincia de Raschella, en esa línea forastera de Milita y de Groppa, pero también en esa línea indecible (susurrante) de Hebe Uhart y de Leonor Pichetti. Me pregunto, como lo hace Laura, si la provincia extranjera no será una forma de escaparle al zoológico, a la parquización del deseo, a la regulación de la voz, a la normativa de la escritura. Es el tono provincial el que la ciudad no puede nombrar y que la provincia no quiere, son las voces incrustadas que no hacen ruido en la operación de invisibilización de la academia: hacen ruido en las calles, hacen ruido en la letra, hacen ruido en los muertos (+/- cercanos) que deja material y simbólicamente este presente de balas de plomo, un presente de olvidos fáciles, de interrogantes respecto de eso que llamamos literatura y de la que se habla más de la que se escribe. De escribir se trata, a cara de perro, chumbando en el espacio, soportándonos en el olvido, alimentándonos en el recuerdo de un cuerpo que quedó “allá” y que pica igual o peor, o como dice Laura: “Amigos: La carroña del tiempo de pie otra vez. Encontrarse en una escritura, poder soportarlo. Vivir escribiendo es hablar sin remedio/sin ilusión de uno mismo”. Me pregunto entonces si es la provincia una forma de vida o una deformidad de la vida –no esencialista, no aurática– que permita pensar –es lo que hace Laura en este libro y a lo que los y las invito– ese resto que aún considera que la escritura ayuda a vivir y a transitar un dolor propio y ajeno al presente continuo.

